

IZQUIERDO BRICHS, Ferran (ed.)

Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo

Barcelona: CIDOB y Bellaterra. 415 páginas, 2009

Tal como se apunta en la introducción de *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*, «el objetivo de la obra es realizar un estudio de las relaciones de poder que definen los regímenes políticos en el mundo árabe actual, y proponer un enfoque y una metodología universales» (p. 14), esto es, huir de perspectivas de análisis que construyen aparatos teóricos específicos para el estudio del mundo árabe. Siguiendo el camino iniciado por otros investigadores, se quiere ofrecer un análisis de las relaciones de poder que permita contrastar las dinámicas de los regímenes políticos en el mundo árabe.

El libro empieza con la presentación de la sociología del poder como «herramienta útil para sistematizar el análisis de las estructuras de poder que rigen cualquier sociedad» (p. 19). Seguidamente, esta perspectiva es aplicada a sistemas políticos, económicos y sociales del mundo árabe bastante diferentes entre sí: Argelia, Marruecos, Mauritania, Egipto, Arabia Saudí, Siria, Líbano, Palestina y Jordania. Cada régimen es estudiado por dos especialistas y cada capítulo va acompañado de un artículo, en el cual otro especialista analiza las perspectivas de futuro del mismo régimen. La mayor parte de mi comentario versará sobre la herramienta de análisis. Me parece más pertinente comentar la metodología utilizada a lo largo de todo el libro que apuntar aspectos de cada uno de los nueve regímenes analizados.

Desde la sociología del poder, con el fin de estudiar la jerarquía de una sociedad, es necesario identificar la tipología de los actores que intervienen, su relevancia, las dinámicas que rigen las relaciones entre ellos, los diferentes recursos de que disponen y su peso respectivo en la colectividad. Como veremos, se exige un

esfuerzo analítico que, por otra parte, está compensado con los resultados de la investigación. Para identificar a los diferentes actores, se nos propone una división que aparece en cualquier sociedad jerarquizada, esto es, la que se produce entre élites (gobernantes) y población (gobernados). Esta división se fundamenta en los diferentes objetivos e intereses que guían a las acciones de los individuos que conforman cada uno de los grupos. A partir de aquí, se construyen dos tipos ideales de relaciones, uno característico de los miembros de las élites (relaciones de poder circulares) y otro característico de la población (relaciones de poder lineales). Élites y población son, pues, los dos tipos de actores a tener en cuenta.

En este sentido, el texto advierte a los lectores que «como el poder no es una abstracción, los actores implicados en una relación de poder no pueden ser entes abstractos como la nación o el Estado, sino individuos o grupos sociales, entendidos como una alianza entre individuos, y el análisis debe centrarse en ellos» (p. 23). Cuando, por ejemplo, se menciona al Estado, se está haciendo referencia al grupo de individuos (habitualmente reducido) que controla esta institución. Asimismo, por *población* se entiende la alianza de individuos con objetivos comunes.

El interés de las élites se define en términos de poder, pues su objetivo prioritario siempre será mejorar su posición en la jerarquía. A partir del control de los diferentes recursos que reportan influencia en un contexto determinado, las élites competirán con otras élites con el fin de conseguir más poder, no en términos absolutos, sino que sus aspiraciones siempre serán relativas en relación con el resto de élites. Dejar de competir implica la

desaparición como élite, de aquí que se hable de relaciones de poder circulares. Tanto la supervivencia como la posición de un actor como miembro de la élite dependen directamente de su capacidad de acumulación diferencial de poder. Se trata de relaciones de poder y por el poder. La lógica de esta competición caracteriza a los sistemas jerárquicos y se hace más feroz cuanto mayor es la influencia que ejercen las élites.

Por otra parte, las relaciones de poder lineales tienen un principio y un final. Son las relaciones que establece la población cuando es capaz de identificar sus necesidades de forma consciente y se moviliza para alcanzarlas. Este proceso de toma de conciencia marca el inicio de la relación de poder de tipo lineal. Cuando los objetivos son alcanzados, se detiene la relación. No se trata de objetivos relativos, sino absolutos: se consiguen o no, la relación no se perpetúa, sino que podemos delimitarla temporalmente.

A nivel analítico, aplicar estos dos tipos de relación obliga a identificar cuando los actores tienen intereses concretos en términos de mejora de vida, y cuando los individuos tienen como objetivo la acumulación diferencial de poder. El primer tipo de intereses son los que dibujan los momentos de progreso y las transformaciones sociales. En cambio, las relaciones de poder circular, predominantes en cualquier sociedad, al estar dirigidas por unas élites que luchan para no perder su posición privilegiada, tienden al conservadurismo y, por consiguiente, contribuyen a largos periodos de continuidad y de estancamiento.

Así, en cuanto a la identificación de actores relevantes, en el libro se parte de la premisa que considera que la categoría de actor sólo se aplica a seres humanos conscientes de sus intereses, cuya actividad se caracteriza por la intencionalidad, la capacidad para decidir sobre el uso de los recursos de poder y la capacidad para intervenir en las relaciones de poder exis-

tentes. El análisis de una sociedad se tendrá que centrar de manera especial, pero sin olvidarse de la población como ente activo, en el análisis de sus élites, esto es, en el análisis de los individuos que controlen los diferentes recursos de poder.

Dichas élites son definidas como «los individuos que se encuentran en una posición jerárquica superior en las instituciones sociales y cuya supervivencia en esta posición depende de su capacidad para competir por la acumulación de poder» (p. 25). Se distingue entre élites primarias y élites secundarias en función de su capacidad para competir y su influencia en la estructura del sistema. Esta capacidad e influencia puede variar en función del nivel en que situemos nuestro análisis: una élite primaria de un sistema regional puede ocupar una posición secundaria en el sistema global. No se trata de una clase que se quiera diferenciar de la población común, sino de un número reducido de individuos que compiten entre ellos por la acumulación de poder. La estructura jerárquica de cada sociedad marcará los límites de actuación. De esta manera, se apunta a una mayor especialización de las élites en las sociedades democráticas, donde están más concentradas en recursos específicos de influencia, mientras que, en las sociedades más autocráticas, las élites concentran el control de una mayor variedad de recursos. El estudio constata como en la mayoría de los países árabes un grupo muy reducido de personas controla los principales recursos de poder.

El análisis de las élites también tiene que contemplar su procedencia y los mecanismos de acceso al control de los recursos de poder. La procedencia tiene una gran influencia en la homogeneidad del grupo dirigente. La homogeneidad favorece la generación de unas percepciones y unos intereses similares sobre la sociedad, lo cual facilita la formación de alianzas. En cambio, la heterogeneidad puede causar inestabilidad y disputas por el control de los recursos. Los mecanismos de acce-

so al control de los recursos determinan hasta qué punto el acceso de otros actores a la élite está abierto o bloqueado. Una democratización efectiva del sistema político podría abrir el acceso de nuevas élites al control del Estado, hecho que debilitaría a los actuales dirigentes. Ésta es la razón por la cual los diferentes regímenes árabes se resisten a permitir transiciones verdaderamente democráticas.

Los recursos de los que disponen los actores y su relevancia en una sociedad concreta es otro de los elementos centrales. Sin ánimos de exhaustividad, Izquierdo y Kemou apuntan que, en la mayoría de los sistemas contemporáneos, los principales recursos por los que competirán las élites son el Estado, el capital, la ideología, la información, la coacción y la misma población. Estos recursos ocuparán una posición primaria o secundaria en función de su peso, y su control generará unos intereses y unas políticas diferentes, lo cual determinará la capacidad de acumulación de las élites y, por lo tanto, su posición en el sistema.

En el mundo árabe, el recurso fundamental es el Estado. Como institucionalización del control de la población, aparece como medio primario y representa uno de los principales mecanismos de extracción de poder y de creación de élites, hecho que, en la mayoría de casos, refuerza la tendencia a la oligarquía y a la autocracia política. A partir de Arendt y de Weber, los autores llegan a la siguiente conclusión: «uno de los aspectos más valiosos del Estado, como recurso de poder para las élites que lo controlan, es la "legitimidad" en el ejercicio de gobierno y en el uso de la violencia» (p. 41). Sin embargo, la débil legitimidad de las élites que controlan al Estado árabe hace que éstas tengan que recurrir más a los mecanismos coactivos, de manera que la violencia y la coacción aparecen como recursos habituales y normalizados.

La corrupción y, sobre todo, la apropiación ilegítima de recursos, como por

ejemplo el petróleo en el caso saudí, aparecen como mecanismos básicos en el proceso de acumulación de las élites árabes, pues la falta de hegemonía y de legitimidad de las élites dificulta la posibilidad de establecer mecanismos institucionalizados como la recaudación de impuestos. Así, la relación que las élites mantienen con la ciudadanía no es de recaudación, sino de distribución. Consecuentemente, el poder de las élites es superior y más autoritario, mientras que la capacidad de negociación por parte de la población se reduce. La cooptación de élites secundarias y la represión son los demás mecanismos que se destacan y a partir de los cuales las élites que controlan el Estado buscan su estabilidad. Del resto de recursos, sólo los movimientos islamistas (ideología) escapan, en algunas ocasiones, del control del Estado.

Será en el análisis de la población como actor donde encontraremos más dificultades, pues las élites suelen aprovecharse a partir de dos mecanismos que contribuyen a su legitimación, a saber, bien como líderes de una ideología hegemónica, bien dando respuesta a sus demandas. Así, siguiendo la distinción que hace Inglehart entre participación dirigida por la élite y participación que desafía a la élite, se podrá distinguir cuándo la población es actor o recurso analizando el objetivo planteado en una movilización concreta. Una población consciente de su posición hará que las élites necesiten legitimarse más. En este caso, al dar respuesta a los intereses y a los objetivos de la población, las élites cederán parte de su poder.

Cuando la población reacciona ante medidas tomadas por las élites, hay que hablar de acción colectiva reactiva. En cambio, si el objetivo de la movilización es la reivindicación de derechos no ejercitados anteriormente, estaremos ante una acción colectiva proactiva. La movilización convierte a la población en actor y es el principal recurso de que dispone con el fin de alcanzar sus intereses. La pre-

sencia de colectivos de vanguardia puede facilitar esta movilización. Sin embargo, estos colectivos sufrirán tensiones si llegan a controlar recursos de poder, pues las necesidades de sus líderes pueden acabar chocando con los intereses del movimiento: los dirigentes habrían pasado de relaciones de poder lineales a relaciones de poder circulares. Desde las luchas por la independencia y exceptuando el caso palestino, la población árabe sólo ha actuado de forma reactiva mediante protestas puntuales.

Para mostrar más claramente la perspectiva que se adopta en el libro, creo que es pertinente introducir una de las notas que encontramos y que aprovecharé para enlazar con el debate sobre actor *versus* estructura. Los autores no adoptan una *visión pesimista* de la naturaleza humana, el hombre no vive dominado por el ansia de poder, sino que, según apuntan, «es el sistema el que genera la pugna en la que los dirigentes deben participar si pretenden permanecer en la jerarquía. Así, el poder como influencia o dominio es solo la chispa que inicia el eterno juego circular. Después, el objetivo prioritario de los actores pasará a ser la competición» (p. 57).

Con respecto a la estructura, siguiendo a Bhaskar y Giddens, consideran que es dual: «Consideramos que los actores producen y reproducen los elementos característicos de una sociedad continuamente, pero también que su actividad no siempre se desarrolla en las condiciones escogidas por ellos» (p. 48). La dificultad que tengan los diferentes actores para incidir en un aspecto de la sociedad permitirá al investigador distinguir entre factores coyunturales y factores estructurales. Al tratarse de un juego competitivo, la estructura marca las constricciones de unos y las ventajas de otros.

Cambios en los actores, en los recursos, en las relaciones de poder o en el ámbito de la ideología podrían comportar cambios en la estructura. En la ideología,

los autores diferencian dos niveles, a saber: el «régimen de la verdad» de Foucault y la «hegemonía cultural» de Gramsci. El nivel foucaultiano no puede ser modificado por las élites, pero sí aprovechado para mejorar su posición. En los sistemas políticos árabes, este «régimen de la verdad» comporta un fuerte componente de sumisión que juega a favor de las relaciones de poder autoritarias, con lo cual se convierte en factor de continuidad. En el nivel gramsciano, la incapacidad de las élites para generar una hegemonía cultural, sumada a la debilidad de su legitimidad, son factores de inestabilidad en las estructuras de estos sistemas. Así, la misma estructura contiene elementos que dificultan el cambio social y elementos que lo posibilitan. Sin embargo, en el mundo árabe, dichas estructuras presentan una serie de características que dificultan la democratización de la región.

Los elementos presentados hasta aquí deben servir al científico social para adentrarse en la configuración de las estructuras de poder de una sociedad y captar las posibles dinámicas de cambio y continuidad. De esta manera, *Poder y regímenes* muestra como, contrariamente a la imagen de agitación y desorden que se tiene de esta región, las élites árabes han desarrollado una gran capacidad de supervivencia (conservadurismo) que da estabilidad a sus regímenes. El libro ofrece una mejor comprensión del mundo árabe gracias a una metodología que obliga a identificar a los actores determinantes, sus objetivos y la función de los recursos que tienen a su alcance. Así, se consigue superar errores como el de presentar a los estados productores de petróleo como fracasados, al no haber conseguido el desarrollo ni la independencia económica respecto de las compañías occidentales. En lugar de fracaso, *Poder y regímenes* habla de éxito rotundo de las élites que controlan estos recursos, pues, en general, éstas acumulan mucha más influencia que en otras sociedades.

En resumidas cuentas, se trata de un texto que puede satisfacer a quienes tengan interés en conocer las estructuras de poder del mundo árabe, y también a quienes estén interesados en estudiar el cambio social de una sociedad cualquiera. No esperen encontrar un mundo árabe homogéneo, no existe. Con rigor, el libro rompe con muchas de las prenociones (hijas del orientalismo que denunció Edward Said) que se tienen del mundo árabe.

La obra cuenta con la participación de 28 investigadoras e investigadores de distintas universidades e institutos de investigación y forma parte de la colección «Interrogar la Actualidad», de la Fundación CIDOB.

Joan Coma i Roura

Estudiante de cuarto curso de Sociología
Universitat Autònoma de Barcelona
jcr_vic@yahoo.es